

Lo Barroco en la Poesía Española (*)

Por José de la Vega Gutiérrez

Al amanecer el día

EN la mañana clara y luminosa ha surgido, como un prodigio, la Primavera, con toda la gracia y la elegancia de su pompa triunfal. Los álamos que se miran en las aguas del río—¡y aquellos álamos de Machado en las riberas del Duero...!—han estrenado temblorosamente las primeras hojas, cuyo verde joven se mezcla con el tono tierno y jugoso de los sembrados, con el blanco maravilloso de los almendros en flor, con el morado rutilante de los lirios nazarenos, y con el azul, amplio y profundo, inacabable y eterno de los cielos infinitos, entonando todos juntos el poema multicolor y sonoro de la plenitud.

Las cigüeñas se aposentaron ya, por juro de heredad, en las altas torres de las iglesias y en las almenas de los viejos castillos, avizorando desde allí horizontes lejanos. Las golondrinas, recién llegadas a los aleros, han vuelto a sus nidos y cantan el pregón del próximo estío. Y los alcotanes, señores de torrecillas y espadañas, persiguiendo a las palomas en el atardecer, llenan de volutas el aire, que empieza a embellecerse de tonalidades y aromas.

Otra vez los jardines entonarán la canción de los rosales y de las azucenas. Y el olor de la menta, que crece junto a los arroyos, se hará más denso y penetrante. Y los tallos esbeltos de los hinojos, que nutren la jugosidad de su esencia en las aguas claras de los regatos, brindarán al caminante la frescura deliciosa de su dulce sabor.

(*) Discurso pronunciado en el solemne acto de la IV Fiesta de la Poesía.

En los campos hay silencio de paz y quietud de siglos. Y en los jardines rumores de abejas laboriosas y vuelos sutiles de mariposas enojadas. Al amanecer, la hora vibra con luces de ese poema que se impregna de brisas y de armonías, duraderas hasta que el ocaso, que llega cargado de aromas y de melancólicas emociones, deja paso a la noche.

Un día de Primavera, ya lejano, cantó Enrique de Mesa, el poeta de las serranillas guadarrameñas, desde su celda de la Cartuja del Paular, en versos arrebatados de ilusión:

Al amanecer el día
abrí del alma la puerta...
Y, a la luz del alba incierta,
ví la tierra y dije: ¡es mía...!

Otro día, Antonio Machado, proclamará su mensaje lírico:

La Primavera ha venido.
Nadie sabe cómo ha sido...
La Primavera ha venido...
¡Aleluyas blancas
de los zarzales floridos...!

¡Siempre el verbo de la poesía embelleciendo las horas, desde el amanecer hasta la noche y desde la noche hasta el amanecer...! ¡Oh la luz del alba sobre los jardines y los campos húmedos de rocío...! Fecundidad desbordante de la Primavera... Versos brotando a raudales en el cielo, en la luz del sol, en el humo dormido, en el sopor y la calina de la siesta, en el agua clara de las fuentes, en las besanas cargadas de trigos que se ondulan y cabecean al acariciarlos la suave brisa de la mañana, y en los campos de olivares, que semejan una gigantesca mantilla de madroños cubriendo las carnes morenas de la tierra...

Me preguntaréis: ¿quién canta esos versos? Pues los cantan el Poeta y la Naturaleza, unidos a la Primavera, el solsticio que marca la hora de los soñadores, de los que aman la luz del sol y las flores de los jardines, y las aguas de los regatos, y las leyendas de los pastores, esos pastores de Soria pura, cabeza de Extremadura, que saben de romances de lobos

y de aparecidos y bajan a las tierras cálidas para apriscar sus ganados al pie de los canchos colmados de nieve... Los Poetas que estrenan todos los años una alegría nueva, al descubrir que, detrás de las nieblas invernales, se esconden las cumbres con sus espinos florecidos de blanca espuma... Y que de entre las nieves, se levanta y despereza el duendecillo juguetero y saltarín de las fuentes y de los arroyos, que bajan cantando entre peñas, hasta dar en el río caudaloso y arrogante, adornado por las orillas con barbas de juncos y cabelleras de sauces...

¡Oh madre Primavera, forjadora de bellezas e inspiradora vehemente de los Poetas, bendita seas...!

El poeta nace; no se hace

LOS Poetas...! ¡Qué difícil facilidad la de la Poesía verdadera...! Algunas veces se nos ha ocurrido pensar que la Poesía es pura intuición, puro sentimiento, que brota y surge del propio ser, en forma espontánea, sin mecanismo intelectual alguno, sino, simplemente, por impulsos de una desbordante y creadora fecundidad. Otras veces, en que discurrimos por los senderos innumerables de las deducciones, llegamos a la conclusión de que la Poesía no nace, sino que penetra en nuestros sentimientos, viene de fuera a dentro, se produce por causas ambientales o por impresiones selectivas y adquiere calidad y contextura literaria, merced a la obra de la inteligencia que la adorna y engalana con líricas preseas y ricas vestiduras retóricas. Sinceramente: hemos de confesar que el dilema así planteado no proporciona soluciones inmediatas y concluyentes que eliminen cualquier género de hipótesis o teorías inclinadas a sentir un principio básico de firmeza irrefragable.

La Poesía no es, como creen muchos, algo que tiene por fin primario la realización de la belleza por medio de la palabra. Este concepto nos parece insuficiente para dar idea exacta de tan elevada expresión del espíritu. Porque tan limitado criterio intuye un principio constructivo totalmente opuesto al del verdadero sentido poético, que encierra en su fondo una gama variadísima de valores espirituales, independientes en su

totalidad de la rigidez preceptista, que pretenda envolver la idea poética con el fastuoso vestido de la norma literaria. Ese vestido, podrá engalanar, podrá realzar, si se quiere, la magnitud de aquella hermosura; pero, nunca crear ésta, si realmente no existe. Y es que, la accidentalidad de la forma, por mucho que nos empeñemos, ha de contribuir muy poco o nada a mejorar o reducir la valoración estética de lo que, por su esencial condición, tiene que producir, forzosamente, las reacciones emocionales de nuestra sensibilidad.

No atribuyamos, por tanto, a la palabra, tan sólo, la virtud inmanente de crear lo bello en la Poesía. Fray Luis de León, en *Los nombres de Cristo*, sostiene, con la autoridad inmarcesible de su preclaro ingenio, que los que emplean la Poesía, o mejor, la pierden en argumentos de liviandad, habrían de ser castigados como públicos corrompedores de dos cosas santísimas: de la Poesía y de las costumbres. La Poesía corrompen, porque, sin duda la inspiró Dios en los ánimos de los hombres, para con el movimiento y espíritu de ella, levantarlos al cielo de donde ella procede; porque Poesía, no es sino "*una comunicación del aliento celestial y divino*". He ahí una verdad dogmática que nadie se atrevería a rebatir: "*comunicación del aliento celestial y divino*". Esa es, sin duda alguna, la definición más certera de la Poesía. Ella es suficiente para destruir el concepto mantenido por tantos y tantos menguados que, en su desatenta e inconsiderada frivolidad, arrebatan a la Poesía todo cuanto de noble puede encerrar en su fondo emocional. A este respecto debemos recordar lo que Milá y Fontanals, el eximio poeta y catedrático catalán decía en su *Poética general*: "algunos han tomado la Poesía por negocio de puro solaz y pasatiempo; por un juguete, bueno para ocupar las horas de ocio; o una especie de receta para alejar el fastidio. Otros se propusieron realzarla, considerándola como una hermosa corteza a propósito para cubrir verdades útiles; como un velo agradable, tendido sobre las sentencias morales. Unos y otros erraron: la Poesía tiene un valor real y propio que consiste en elevar las almas a las regiones de lo bello, ennoblecer sus afectos, cultivar sus inclinaciones derechas y disponerla a la gracia y elegancia moral". Este es el auténtico sentido de la Poesía.

Lo demás es puro artificio o licencia execrable, que nos hace recordar al caso, la terrible sentencia de escéptico:

Porque ese cielo azul que tanto admiras,
ni es cielo ni es azul...
¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza...!

Pensar alto y sentir hondo

ESA altura y esa profundidad del contenido poético—pensar alto y sentir hondo, aconsejaba el poeta Ros de Olano—son los dos valores en que se afirma y fundamenta la eternidad y la universalidad de la Poesía. Porque, la Poesía, eso que Fray Luis de León llama comunicación del aliento celestial y divino, no es obra de hoy, ni de ayer, ni de nunca; sino algo consustancial con el tiempo; algo que arranca de la verdad creadora del Universo. Y si no pecásemos de irreverentes, casi nos permitiríamos afirmar que es anterior al mismo Génesis, ya que, el bíblico momento de la creación de los mundos oye la voz de Jehová que canta con su *fiat lux* la estrofa más grandiosa que han escuchado los siglos de los siglos. ¡*Fiat lux*...! Y al fin y al cabo ¿qué es la Poesía sino un *fiat lux* repetido incansablemente a través de todas las edades...? Desde Homero a Leopardi, de Virgilio a Schiller, y desde Horacio a nuestro glorioso Fray Luis de León, la voz poética del mundo ha sido como una luz, como una antorcha eterna y sobrenatural. Ahora bien, esa luz que está en todas partes, que luce a todas las horas y que ilumina todos los espacios, la irradia por reflejo e impresión de la Naturaleza, el genio, que a su vez es quien sabe modular justa y certeramente su intensidad, su armonía, su penetración emocional, haciendo uso del propio estilo, o sea de ese medio singular que tiene cada cerebro creador de expresar las ideas por medios que descubran lo íntimo del corazón, lo elegido de sus prendas morales, y lo bello y original de sus pensamientos. El que se empeñe por afán presuntuoso en cubrir con afeites retóricos las fealdades de su propia

creación, pondrá de manifiesto una incapacidad incorregible y una dolorosa y estúpida pedantería. Palacio Valdés, el inolvidable y buen don Armando de tan grata e inefable recordación—¡oh las mañanitas soleadas del Retiro, con don Armando haciendo caricias de abuelo a los niños de la Rosaleda...!—decía que, para escribir bien, es necesario pensar bien; y luego, decir lo que se piensa sencillamente, sin mostrar deseo de admirar al lector con nuestro estilo. Hay, empero, quien piensa que con reproducir un índice de hechos envueltos en fingimientos más o menos correctos y llenos de ostentaciones pretenciosas, tiene bastante para que se le rindan los homenajes de la admiración y las alabardas brillantes del aplauso. ¡Lamentable error el de los que así discurren! Porque el pensamiento poético se contiene en la coherencia del sentir y en la altura de la intuición, y no en otra cosa, por mucho que se pretenda. El sentimiento—dice Amado Alonso en su libro *Materia y forma en Poesía*—no es solamente vivido, pues todos vivimos sentimientos, sino a la vez contemplado y cualitativamente configurado por el poeta. En el puro vivir, los sentimientos forman marejada, olas que van y vienen y se entrechocan, aunque el oleaje en conjunto, siga la dirección del viento; en el poetizar se alcanza la unidad intencionalmente creada del momento sentimental. La intuición consiste en una visión penetrante de la realidad; en el hallazgo de un sentido de las cosas más hondo, que el práctico que les da nuestro intelecto. Y ¿qué es todo esto sino un logro de eternidad, un abandono de toda acción material e infransensible? Así vemos cómo Gutiérrez de Cetina canta en su famoso madrigal:

Ojos claros serenos
 si de un dulce mirar sois alabados
 ¿por qué si me miráis airados...?
 Si cuando más piadosos
 más bellos parecéis a aquel que os mira,
 no me miréis con ira
 porque no parezcáis menos hermosos...
 ¡Ay tormentos rabiosos...!
 Ojos claros, serenos,
 ya que así me miráis, miradme al menos...

He aquí una expresión del sentimiento en la que el amor se hace súplica, conjuntándose la unidad intuitiva con el momento emocional, de modo sencillo y al mismo tiempo maravilloso.

La Poesía, pues, es intuición, es fruto del alma, modelada por la inteligencia, para buscar a lo intuito su perfil más ideal, su resonancia más armoniosa, su verbo más augusto y sonoro, su plenitud de belleza espiritual en suma.

En la aplicación de este canon, cuya inmutabilidad se conjuga con el concepto más o menos amplio que de la disciplina mental tenga el espíritu, nacen directrices intelectuales que canalizan las tendencias del pensamiento creador, agrupando las en los tres campos de clásicos, románticos y superrealistas. El poeta clásico busca, con acendrado ahinco, la perfección del poema en todos los aspectos, pero supedita a ella la intuición, la espontaneidad, el arrebató, la realidad inspiradora. Y el resultado es que el equilibrio estético relega a segundo plano la médula poética de la composición, que entonces da una sensación de rígido virtuosismo, de frío y violento academicismo, debelador de matices naturales y esencias vivas. Los románticos acarician la efusión sentimental con la más acentuada de las vehemencias. Su expresión es tal vez enfática. Sin embargo, su forma gusta de licencias y relajaciones que dejan paso a esa efusión antes aludida. Para unos, lo clásico es lo sano, lo robusto, lo viril, lo verdadero. En cambio, lo romántico les parece enfermizo, feble, decaído, carente de arrojo y realidad. Es preciso que surjan las variantes de los barrocos, de los parnasianos, esclavos de la impasibilidad y la suntuosidad, de los simbolistas, que dejan envuelto el sentimiento en una suave nebulosa, y de los expresionistas—dadaístas, superrealistas, futuristas, etc.— que persiguen realizar la evolución del espíritu poético, desnudando a las ideas de cualquier ropaje que pueda ser tildado de intrascendente, para ofrecer al mundo una que consideran quintaesencia del sentimiento poético de las cosas, tal y como ellas son, sin preciosismos enfermizos ni enfadosas armazones preceptistas.

El influjo del Barroco

NADIE puede negar que Fray Luis de León, Lope, Calderón, Tirso y Gongora, derrochan las fabulosas riquezas de su numen prodigioso a través de la inmensa obra que legan a la posteridad. Y sin embargo, siempre ha de hallarse en ellos, junto al sentimiento poético un perfil de rebeldía e independencia.

Y dejas Pastor santo
tu grey en este valle, hondo, oscuro
con soledad y llanto
y tu rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro...

canta el Príncipe de nuestros líricos, sin que al lanzar su dulce lamentación teológica, le causen cuidados los perfiles de la forma, que al fin y a la postre, ha de considerarse perfecta, dentro de su propia imperfección.

La intuición prodigiosa de Lope se independiza también de la norma para regalarnos, en cambio, visiones del futuro, en cuyos arcanos galopa su desbocada inteligencia. Así vemos, por ejemplo, que en "*Los Tellos de Meneses*", adivina algo que han de realizar los hombres cuatro siglos más tarde, cuando profetiza:

Con la rapidez del rayo
las noticias han venido.
¡Quién sabe sí, andando el tiempo,
vendrán con el rayo mismo...!

¿Qué importarían las impurezas de la forma, si estas existieran, ante la grandiosidad de la idea, en casos como el presente de tan admirable intuición?

Iguales circunstancias podríamos advertir en D. Pedro Calderón, cuando dice en "*La vida es sueño*":

Sueña el rico en su riqueza
que más cuidados le ofrece.
Sueña el pobre que padece

su miseria y su pobreza.
Sueña el que a medrar empieza.
Sueña el que afana y pretende
Sueña el que agravia y ofende.
Y en el mundo, en conclusión,
todos sueñan que lo son
aunque ninguno lo entiende.

¿No se introduce Calderón en la conciencia del hombre, viendo y analizando su contenido íntimo, de igual forma que el médico ve por la pantalla de Rayos X todo nuestro sistema orgánico? ¿Y qué importa, al ser así de esta manera, el desaliño de la forma, si lo encumbrado de la idea ennoblece todo lo que podemos considerar como puro artificio...?

Pero, de esto, del artificio, hay mucho que hablar, porque, lo que acabamos de ver, nos conduce en forma rápida y directa a la visión del barroco, tal y como nos es permitido observarlo desde la atalaya de nuestro tiempo.

Se nos preguntará, seguramente, qué es el barroco; qué representa el barroco en la obra poética. Hay quien considera que el barroco es una forma incorrecta de la expresión artística. Nosotros entendemos que esa opinión no puede compartirse sin reservas. El barroco, sin duda alguna, —y en ello coinciden multitud de autores—es, ni más ni menos, que la transformación y término del estilo renacentista. En realidad no debemos tener muy en cuenta la idea deformada del barroco que contempla Antonio Machado, cuando dice sin empacho alguno

El pensamiento barroco
pinta virutas de fuego,
hincha y complica el decoro.
Sin embargo... ¡Oh, sin embargo!
hay siempre un ascua de veras
en su encendido teatro...

Esta opinión se contradice con la fina espiritualidad de Machado, ya que el barroco, si persigue algún fin es mantener en su integridad el misticismo católico, y los temas y la forma de la lírica barroca proceden de la tradición renacentista, irrumpiendo en el mundo, casi violentamente, con todos sus

valores reales, humanos, afectivos, que no desdeñan lo vulgar y lo iliterario, con tal de que resalten las imágenes de origen culto. Lo vemos así, por ejemplo en Garcilaso, cuando canta en la *Egloga de Tirreno y Alcino*:

Flérída, para mí, dulce y sabrosa
más que la fruta del cercado ajeno,
más blanca que la leche y más hermosa
que el prado por abril de flores lleno...

Y lo vemos, también, en la obra de Góngora, que alcanza el más elevado índice de universalidad jamás logrado en la poesía europea. Hay en ella una constante resonancia de lo popular. Y sin embargo ¿quién se atrevería a negar su elevación estética? Y es que, en el barroco, se impone el pensamiento y las formas clásicas, pero sin confundirse con más elementos que los productores de armonía y de equilibrio. En la famosa fábula de Polifemo, nos brinda Góngora un regalo delirante de belleza que confirma nuestro aserto. Lo humano y lo natural quedan descritos, si se quiere, en forma monstruosa, pero admirable. Nada más extraordinario que aquella Naturaleza que cobra vida real bostezando imaginariamente por la boca de la caverna de Polifemo, quien se deja peinar por los arados contemplando una humanidad que se petrifica en la inmensidad rocosa del paisaje formando *un monte de miembros eminentes* —según la propia frase del poeta—, por el que desciende el torrente de las barbas, como las *oscuras aguas* del Leteo y cuyo zurrón es *todo un cercado* y el *pino más valiente* su cayado. Y es que el barroco pierde su confianza en la Naturaleza, tal y cómo ella es; y busca solamente lo maravilloso, tendiendo en su actitud a lo excepcional, a lo sorprendente, a lo que, unas veces rebasa y otras no alcanza, lo humano del humanismo, de ese humanismo español que constituye la clave de nuestra novelística, de nuestra dramática, de nuestra imaginería, de nuestra pintura del Siglo de Oro. Cervantes, Lope, Calderón, Tirso, Góngora, Moreto, Quevedo, Rúbens, Zurbarán, Velázquez, Carreño, Valdés Leal, Gregorio Hernández, Berruguete, Alonso Cano, Salzillo, Martínez Montañés, Mora, la Roldana y los otros geniales imagineros de la luminosa escuela sevillana ¿qué

son, a través de sus obras, sino la rotunda expresión del pensamiento barroco, impulsado por el nuevo humanismo que enciende su fuego en la Contrarreforma...? Lafuente Ferrari sostiene que los mártires y apóstoles de Ribera, los monjes de Zurbarán, los cortesanos o los idiotas de Velázquez, están en sus lienzos para hacernos sentir su eternidad de criaturas, su insobornable autonomía espiritual, el derecho perenne a su propio yo y a su definitiva salvación personal. Y es que la obra de arte, como afirma Maritain, es producto del alma entera del artista, con toda su plenitud humana, con todas sus adoraciones y sus amores, con todas las intenciones de orden extra-artístico, humano, religioso, que ella pueda perseguir. Por eso hemos de ver en el barroco la espiritualidad que lo alienta y guía en la hora de su creación y de su adquisición como estilo, en el que quedan fijados los caracteres artísticos de una época.

El espíritu del barroco español se impone a la cultura europea del siglo XVII, venciendo a la influencia italiana y entablando con el neoclasicismo una lucha en la que se ventila, nada más y nada menos que la supervivencia o la muerte del Arte y de la Poesía. Una prueba evidente de esta lucha, la encontramos en la decisión adoptada por Carlos III de suspender las representaciones de los autos sacramentales y de prohibir, tajantemente, la construcción de retablos de madera dorados y policromados. Y todo esto, coincidiendo con la expulsión de la Compañía de Jesús, la Orden religiosa que más influencia había ejercido en la formación de la cultura y que era, precisamente, la máxima propagadora del barroquismo en sus templos y en sus colegios, en los que, poemas como *Las Soledades*, de Góngora, habían sido objeto de preferente atención. La lucha, pues, no estriba sólo en la permanencia o relegación de un estilo artístico. Tiene raíces más hondas. Busca la derrota del misticismo católico. Y es innegable que, cuando ese misticismo se extingue, se apagan, también, los últimos rescoldos del gigantesco incendio del barroquismo literario y artístico.

Y es, como ha dicho Ortega: "Ni el mundo ni el hombre son: todo está en marcha. Sólo se sabe que es, cambio, mudanza, peregrinación". A los viejos recursos del poeta los reemplaza

una nueva temática, un nuevo sentido emocional de la Poesía. Y aunque ello induzca a desengaños, nadie vuelve atrás. Por eso, precisamente, que ha dicho Ortega: porque, ni el mundo ni el hombre son: todo está en marcha...

Tiempos nuevos

ASI llegamos a la aparición del superrealismo, con su concepción estética visionaria, que no exige, como afirma Bousoño, formulismos constructivos, sino libres e impensados ramalazos de la intuición, relampagueantes iluminaciones, influidas a veces por las teorías freudianas, que penetran en el pasado siglo, invadiendo una vasta zona espiritual hasta entonces escapada del bisturí crítico de la conciencia. La joven poesía americana de comienzos de siglo que capitanea Rubén Darío y secundan airoosamente Amado Nervo, José Enrique Rodó, Santos Chocano, Gabriela Mistral, Angelica Palma y modernamente la proclamada Juana de América, Juana de Ibarburu, constituye la avanzada del movimiento poético que se fragua en el mundo alzándose como una vigorosa llamarada que habrá de consumir en su fuego toda la tradición clásica y romántica de la poesía de habla española.

Pero el tiempo no se detiene, porque, como ya hemos dicho antes, recogiénolo de Ortega, todo está en marcha. Y con impulsos avasalladores penetra en nuestra atmósfera artística la tempestad del pensamiento poético ultramoderno, en el que, la influencia del barroquismo adquiere proporciones decisivas. Las visiones impresionistas; las figuraciones imaginativas, los panoramas oníricos, los símbolos y las alegorías, todo en suma lo que constituye el contenido del pensamiento poético moderno—Juan Ramón Jiménez, Lorca, Alberti, Neruda, Aleixandre, Guillén, Salinas,— tiende su mirada hacia la obra de Góngora, del Góngora de *Las Soledades*, cuando la plenitud de la inteligencia y de la intuición del cordobés insigne, derramaba caudalosamente y de manera portentosa, su poesía admirable, apoyada en esas mismas visiones, esos mismos símbolos y esas mis-

mas alegorías. En verdad que nada hay nuevo bajo el sol. Y cuidado, que no pretendemos hacer con esto la apología de las deformaciones monstruosas y disparatadas que, como excrecencias patológicas, se producen y se producirán siempre en torno a lo original y auténtico, para hurtar el jugo nutritivo, de la misma forma que los parásitos absorben la savia del árbol creciendo a sus expensas. Nada de eso. No vale la pena, ni aun siquiera de aludirlo. Cuando menos de ponerlo en la picota para su escarnio. Lo bueno, ello sólo se alaba, que diría Baltasar del Alcázar.

La hora del romanticismo

PERO ahora nos damos cuenta de que llevamos hablando mucho del barroco y, en cambio, aún no hemos dedicado un solo recuerdo al poeta que constituye el tema de estas Justas, a Bernardo López García, el más arrebatado y fogoso intuitivo de los poetas del siglo XIX: Bernardo López García. Vida efímera la suya. Nace en Jaén el año 1840 y muere en Madrid en 1870. ¡Treinta años! ¡Cuán cierto es que los elegidos de los dioses mueren jóvenes! Apenas si alcanzan a disfrutar de la gloria, esquivando siempre y siempre incierta, aún en los momentos en que parece lograrse el triunfo definitivo, ese anhelado triunfo que nunca se considera el último porque la ambición del hombre aspira a otro mayor y más logrado, más completo y apoteósico...

Bernardo López García nace, como hemos dicho antes, el año 1840, siendo fruto del matrimonio de D. Fernando López Martínez, natural de Vélez Málaga, y de doña María de la Presentación García, nacida en Burgo de Osma. Sus estudios de segunda enseñanza los realiza en el Instituto de Jaén, que por aquellas fechas dirige el ilustre maestro y escritor católico don Manuel Muñoz Garnica, de tan grata memoria. Inicia su carrera de Leyes en Granada, como alumno del Colegio de San Bartolomé y Santiago, pasando después a continuarla en la Universidad de Madrid. Ello nos pone de manifiesto la holgada posición económica que disfrutaban los padres del poeta.

El estro de Bernardo López irrumpe en los campos de la fama, el año 1859—ahora hace justamente un siglo—cuando él acaba de cumplir los diecinueve años. La muerte de su madre, acaecida cuatro años antes de aquella fecha, produce en su espíritu, aturdido por el dolor, una reacción que se vierte en dulces elegías y dolientes poemas. *La Discusión*, el famoso periódico de las polémicas furibundas y de las disputas violentas y enconadas, publica su oda “*Al Asia*”, que llama la atención de los literatos y de los entendidos. El poeta, que vino a Madrid para proseguir los estudios universitarios, siente la atracción cautivadora del periodismo y escribe febrilmente, publicando sus producciones en “*El Eco del País*”, que dirige D. Eduardo Gasset y Artime. Su espíritu ardiente y apasionado se contagia de las inquietudes revolucionarias que dominan el ambiente de la época. Muere entonces su padre y Bernardo López se vé obligado a regresar a Jaén, donde contrae matrimonio en 1864 con doña María de la Purificación Padilla y Ortega, de cuyo matrimonio había de nacer una hija llamada Aurora.

De su pluma, dominada por el romanticismo, siguen brotando versos, que él recoge en un volumen el año 1867, reimpresso en Jaén el año 1880 y en Madrid el 1882. Posteriormente se hizo en Jaén una nueva edición del libro.

En la capital de España, donde, no obstante la atmósfera literaria que respira, vive indemne de toda contaminación con la bohemia, pese a tantas cosas como se le han atribuido sin fundamento alguno, ha aprendido mucho y ha conocido a hombres cuya fama recogerá la posteridad para otorgarles la honra que en sus días les fué negada. Ha conocido en el café de “Los Angeles”, aquel café escondido en la Corredera, con divanes de velludillo rojo y luces siempre agonizantes, a Gustavo Adolfo Bécquer, el joven poeta sevillano, fino, estilizado, todo él delicadeza y sentimiento, que escribe unos versos a los que llama “Rimas” y que son como agudos puñales que penetran hasta lo más hondo de la sensibilidad, haciéndola temblar de emoción. Bécquer, habla poco y gusta de oír buena música en silenciosa soledad. Muchos días los pasa enteros en casa del pianista don Lorenzo Zamora, que vive en la plaza de Herradores, y es un

devoto intérprete de Chopín y de Mozart. Pese a sus costumbres morigeradas y austeras, Bécquer se nota enfermo. Siente angustia en el alma y opresión en los pulmones. Un día escupe sangre y los médicos le recomiendan la cura de aire libre. Augusto Ferrán le encamina al Monasterio de Veruela, lugar sanísimo del Moncayo, en el que Bécquer permanece una larga temporada mandando a *El Contemporáneo* las bellísimas cartas que integran uno de los más hermosos trozos de su obra. González Bravo le nombra Fiscal de novelas. Pero él no ha nacido para funcionario y renuncia al cargo. No obstante su falta de fuerzas físicas, la lucha le atrae y en la lucha se deja día a día ilusiones y entusiasmos, sufriendo adversidades y contratiempos que él sobrelleva con la más edificante resignación. Hasta que un día, de 1870 se extingue su vida dulcemente. Casado del Alisal, su íntimo amigo, recoge en un magnífico dibujo la muerte del poeta.

También conoce y trata a Miguel de los Santos Alvarez, el poeta paradójico y mordaz, íntimo de Espronceda. Y a Zorrilla, el bardo egregio y desordenado, que acaba de regresar de Méjico y no llevando consigo más caudales que una bolsa con media docena de onzas, se las regala en un vanidoso gesto de principesca y señorial generosidad, al mayoral de la diligencia en la que viaja a Castilla, diciéndole:

—Toma... No quiero dinero... Para andar por su patria un poeta como yo, no necesita más que sus versos...

Y prosigue el camino sin más cuidados. A este propósito hemos de recordar que Zorrilla, nuestro viejo ascendiente familiar, escribió y publicó en una revista, días antes de su muerte, una confesión en la que decía que el rasgo principal de su carácter, era haber llegado a viejo sin dejar de ser muchacho. Y añadía que su sueño dorado era borrar su nombre de las nueve décimas partes de lo que había escrito, añadiendo con triste sinceridad que su mayor desgracia sería vivir algunos años más.

Espronceda, el poeta aristócrata y revolucionario, alcanzaba grandiosos éxitos con sus poemas "La desesperación" y "Canto a Teresa", tan adecuados al sentir de la época. Aquella época en la que el Doctor Mata, médico, catedrático, político

—fué gobernador civil de Madrid— y escritor famoso, molesto por las múltiples veces que llamaban a su puerta visitantes de su vecino, el ilustre literato Bretón de los Herreros, puso un cartel que decía:

En esta mi habitación
no vive ningún Bretón.

A lo que el autor de "*Muérete y verás*" respondió con su incisiva mordacidad, escribiendo otro cartel que decía:

Vive en esta vecindad
cierto médico poeta,
que al pie de cada receta
pone Mata, y es verdad...

Ha de tenerse en cuenta que Bretón de los Herreros era un hombre epigramático quien, en alguna que otra ocasión, hubo de sufrir duros ataques de gentes por él zaheridas anteriormente. Así le ocurrió, por ejemplo, con el conocido poeta Martínez Villergas, hombre cuya causticidad y poca misericordia eran proverbiales en Madrid, que fué censurado acremente por Bretón, y al enterarse de los juicios malévolos contra él vertidos, hizo una redondilla que rápidamente circuló por toda la Corte y que decía:

A Manuel Bretón, el tuerto
una víbora mordió.
¿Murió Bretón?... No por cierto:
la víbora, reventó...

La vida de los poetas en los tiempos de Bernardo López —nos referimos a los poetas de la bohemia, no a D. Alberto Lista, D. Juan Nicasio Gallego, D. Nicomedes Pastor Díaz, don Francisco Martínez de la Rosa, etc.—, se ve entenebrecida por los vapores del alcohol y las angustias y tribulaciones de la indigencia. Recordemos algunos de ellos: Augusto Ferrán, amigo íntimo de Bécquer, llamado "el poeta de los cantares", rico por su familia, es un despilfarrador impenitente que vive en continua embriaguez alcohólica. Viaja fastuosamente por Europa. Reside algún tiempo en Alemania, donde conoce y se ena-

mora de la poesía de Heine, al que traduce con verdadero fervor. Al regresar a España, es cuando se hace amigo de Bécquer, a quien, como hemos dicho antes, inicia en el camino de Veruela. Pero Ferrán ha derrochado toda su cuantiosa fortuna y arrastra una vida triste y misera. Hasta que un día, la razón huye de su cerebro y se convierte en loco peligroso, muriendo con la total oscuridad de su clara inteligencia, en el Manicomio de Carabanchel.

Suerte desdichada también corren: Pelayo del Castillo, escritor fecundo y de claro talento, que por un miserable plato de comida, vende su ingenio al librero Pastorfido, mercader de la calle de Jacometrezo, quien sin escrupulo de conciencia alguno, adquiere la propiedad de muchísimas obras dramáticas, originales de Pelayo del Castillo, que firma como suyas a sabiendas de que él jamás hubiera sido capaz de escribirlas; y Pedro Escamilla, otro infeliz galeote amarrado también al duro banco de la rapacidad literaria de Pastorfido; y Pedro Marquina, el delicadísimo y fino poeta, cuyo cadáver fuera arrojado a la calle por la desalmada patrona de la sórdida casa de huéspedes donde vivía, apareciendo entre la nieve una triste mañana de invierno...

Todos estos sempiternos bohemios, envenenados por una visión atormentada de la vida y por los engaños destructores del alcohol, como los poetas malditos del París de Edgard Poe y de Paul Verlaine, bailan fantamagóricamente en la conciencia de Bernardo López, hombre de familia acomodada y de vivir burgués, mal avenido con pobreza e incomodidades, quien no obstante siente bullir en su cerebro la protesta acuciada y acrecentada por la turbulenta agitación de la época, en la que los levantamientos, las cuarteladas y los motines, acaban por traer triunfante la revolución que había de arrojar de su trono a Isabel II, la reina castiza, como la llamaría luego D. Ramón del Valle Inclán.

Bernardo López tiene entonces veintinueve años. Y se halla en la plenitud de su vigor mental. Acostumbrado a oír en Madrid las peroratas de la juventud revolucionaria —¡oh cafés de La Iberia, de Ultramar, de Levante...!— siente nuestro poeta

que en su pecho se encrespa un huracán de palabras y de conceptos, pugnando por escapar de la garganta. Y así como una explosión lírica de arrolladores sentimientos patrióticos, le hace imprecar y maldecir al invasor de 1808, lanzándole al rostro, con apasionados y vehementes arrebatos, las sonoras y vibrantes décimas "Al Dos de Mayo", así su palabra ardorosa y elocuente, suena para propagar las ideas democráticas por Andalucía, adquiriendo justo renombre de orador brillante y ampuloso, muy al gusto de la época. La política le atrae, le seduce, le cautiva. Y está dispuesto a entregarse a ella con todo el calor de su juventud fogosa y entusiasta. En Europa está a punto de estallar nuevamente el infierno de la guerra. España vive las angustias de la lucha civil y de la inestabilidad del régimen que precede al establecimiento de la primera República, con la que habría de acabar a cintarazos la espada del general Pavía. Bernardo López vuelve a Madrid. Jaén, el Jaén chiquito de entonces, el Jaén recogido como un niño temeroso en las faldas del viejo castillo de Abreujá, le ve marchar, añorando ya su vuelta, aquella vuelta que no ha de tener lugar hasta después de muerto. Allí quedan sus amigos, los poetas que compusieron el bellissimo *Romancero de Jaén*, tributo de señorial delicadeza, rendido unos años antes, con motivo de su visita a Jaén a la reina Isabel II, juntamente con un lindo vestido de *pastira* para la señora Infanta, y un traje de *chirri* para el señor Príncipe de Asturias, ambos confeccionados por D. Marino Ximénez, que desde entonces podrá ostentar el codiciado título de Proveedor de la Real Casa. Allí, en aquel Jaén señorial y labrador, quedan Hurtado, Almendros Aguilar, Máximo Caballero, Federico Palma, García Negrete... los poetas del Santo Reino, los de la ciudad sencilla y tranquila, en la que la vida discurre plácidamente, sin barricadas en las calles, ni estampidos de descargas en las noches lóbregas y tenebrosas. Quédese eso para Madrid, junto con las elocuencias del verbo castelariano, cantando la grandeza de Dios en el Sinaí; y las arrogancias marciales del general Prim, al que acecha la muerte en la calle del Turco, escondida en las capas de los sicarios de Paul y Angulo, mientras D. Amadeo de Saboya está llegando a España para recibir la corona que Prim le ha logrado.

Eran aquellos los años en que el Romanticismo —así: dicho con mayúsculas, aunque se escandalicen los indiferentes y materialistas— imponía su avasalladora influencia sobre los hombres y las artes, sobre la luz del sol y las normas de la vida. Era cuando las niñas jugaban, cantando la canción del Pelele:

El Pelele se ha muerto
¿qué le daremos?
Agua de caracoles
que sabe a cuernos...

juego que inmortalizó Goya, años antes, en uno de su más bellos cartones y que, andando el tiempo, habría de servir de motivo a un músico insigne, Joaquín Rodrigo, para componer su delicioso *Concierto de Aranjuez*...

Mariano José de Larra, *Fígaro* o el *Pobrecito Hablador*, acababa de dispararse en la sien aquel pistoletazo que había de marcar un hito en las letras españolas. Cuando su cadáver lívido estaba a punto de ser cubierto por la tierra, un joven desconocido, se adelantó hasta el féretro, y pálido, balbuciente, emocionado, leyó un poema que dejó suspensos a quienes estaban presentes. Alguien preguntó quién era aquel joven atrevido. Nadie. Un desconocido. Uno de tantos como acudían a Madrid desde los pueblos de España, para probar fortuna, para luchar tal vez denodadamente con la sordidez y la miseria. Aquel muchacho, se supo luego, era un tal José Zorrilla, llegado de Valladolid días antes. Después, andando los años, Granada le coronaría de laureles con una corona forjada utilizando solamente oro del Darro...

La vida efímera de Bernardo López, avanzaba vertiginosamente sobre el tiempo. Parecía tener prisa por concluir. Sus versos, que según Narciso Alonso Cortés, lucen una esmerada plasticidad en la estrofa, pero no tocan, en cambio, temas de alcance social o filosófico, brotan caudalosamente. Parece como si el poeta, al presentir su muerte próxima, acariciara la urgencia de ofrecer al mundo los altos mensajes de su poesía, con aquel atrevimiento de imágenes, aquella grandilocuencia de la expresión, aquella brillantez en las generalizaciones, aquella sonoridad en las cláusulas y aquella fe viva en un ideal, que

según el prologuista Juan Antonio de Viedma, supo imprimir a todos sus poemas.

La poesía de Bernardo López tiene un marcado sabor barroco por la exuberancia de sus conceptos imaginativos, la riqueza de sus tropos y la ampulosidad de su forma, que, según el Padre Blanco, le hace incurrir a veces en la hinchazón hiperbólica.

Nuestro poeta cuidó poco de conservar sus versos primeros. Reunió parte de su obra en un volumen que prologó Juan Antonio de Viedma, cuyo volumen hubo de aparecer el año 1867.

La política al fin le sedujo con carácter definitivo y fijó su residencia en Madrid, donde los más ambiciosos sueños llenaban de esperanzas su exaltado espíritu. Pero la muerte implacable le sorprende un día. Y muere en casa de su amigo el doctor Pequeño, recogiendo su último aliento, su hermano Fernando y su amigo Salmerón Alonso. Año fatal éste de 1870 que arrebató la vida a gran número de ilustres figuras. Mueren en él, además de Bernardo López, el general Prim, vilmente asesinado en la calle del Turco; Gustavo Adolfo Bécquer, que se extingue el 22 de diciembre; su hermano, el pintor Valeriano Bécquer; el político y escritor, don Pascual Madoz; y el famoso sainetero andaluz, don José Sanz Pérez. ¡No fue mezquina, ni mucho menos, la cosecha de la Parca en aquel desdichado año...!

Bernardo López, fue enterrado en Madrid. Y andando los años, Jaén, la tierra donde el poeta naciera, reclama sus restos, que son exhumados y trasladados a la capital del Santo Reino, donde quedan expuestos para que el pueblo les rinda su homenaje póstumo. Antes del arribo a Jaén, adquieren pábulo mil rumores que ponen en duda la identidad de aquéllos, llegando a propalarse la especie de que se trata de la momia de un famoso torero. Sin embargo, Almendros Aguilar, al contemplar el cadáver lo reconoce, sin vacilar un instante y exclama convencido y seguro:

—Eres tú, Bernardo...

Ya nadie podrá dudar. La identificación ha sido definitiva y concluyente. Jaén la hidalga, la noble, la entrañable, honra a su hijo ilustre y le alza un monumento, labrado por el cin-

cel de otro hijo ilustre: Jacinto Higuera, e inaugurado solemnemente por el Rey don Alfonso XIII el 15 de mayo de 1906, en su visita oficial a la capital.

Otro día, pasados varios lustros, se descubre en Madrid una lápida conmemorativa en la casa donde vivió el poeta. Ringorrango oficial; maceros; discursos de circunstancias; exaltación de la obra de Bernardo López; y como remate del acto un noble procer, anciano venerable, cuyo nombre no hace al caso, que, desde un balcón de la casa, intenta recitar las famosas décimas, y que al sufrir una amnesia senil momentánea, no puede pasar de las primera estrofas.

Oigo patria tu aflicción
y escucho el triste concierto...

Mientras que en tan embarzosa situación no saben que hacer, ni el elemento oficial, ni los devotos y curiosos que hemos sido testigos de la escena, unas niñas cantan al corro en la calle próxima viejas canciones olvidadas. Y la tarde se diluye entre aromas de rosas de olor y lilas azules de la Casa de Campo...

* * *

En fin, bellas damas, poetas y amigos míos... termino porque no quiero fatigar más vuestra atención. Pero al acabar yo quiero pedir a nuestra señora la Primavera, la que abre las puertas de los jardines floridos, colmándolos de olorosa gracia; la que despierta al son de la xiringa de Pan a los viejos silvanos jovialmente barbudos; y a las ninfas que peinan sus cabellos de oro mirándose en el espejo de los arroyos; y a los faunos, que cubren sus cabezas de pámpanos verdes; y a las mariposas multicolores y alocadas... A ella quiero pedirle que os conceda como gracia de su llegada en el día de hoy, la luz de un verso, el aroma de una flor y el apacible regalo de la felicidad...

Marzo de 1959.